

dos podian hacer en tan vasto terreno; y asi ocurriósele á Eva decir á su esposo:

«Adan, no debemos aflojar en el cultivo de este jardin, sino cuidar de sus plantas, yerbas y flores que es la agradable tarea que se nos ha impuesto; pero hasta que vengan más brazos en nuestra ayuda, la obra será menor que el trabajo, y cada vez más desproporcionada á la exuberancia con que crece todo. Las ramas que podamos por supérfluas, que enderezamos ó sujetamos durante el dia, en una ó dos noches brotan de nuevo y frustran todos nuestros afanes. Quisiera, pues, que para remediarlo, me diéses algun consejo, ú oye el que de pronto se ocurre á mi imaginacion. Dividamos nuestro trabajo: elige tú el sitio que mejor te parezca, ó dedícate á lo que más urgente contemples, ya cubriendo de madre selva esta enramada, ya dirigiendo la yedra á las plantas con que deba unirse, mientras yo, alejándome por aquel lado, iré enderezando los tallos de las rosas mezcladas con los mirtos, en lo cual me ocuparé hasta el mediodia. Porque si seguimos como hasta aqui, trabajando siempre uno al lado de otro ¿cómo hemos de evitar, viéndonos juntos, que la distraccion de una mirada, de una sonrisa, de la conversacion á que da lugar un objeto nuevo, interrumpa nuestra ocupacion á cada paso, y la haga cundir tan poco, que aunque comenzada muy de mañana, esté sin terminar á la hora de la comida?»

Á lo que con cariñosas palabras replicó Adan: «Eva mia, mi única compañera, de todas las criaturas vivientes la que más amo, sin comparacion alguna! Bueno es tu intento; acertadamente discurre sobre lo que debemos hacer para el mejor desempeño de la tarea que nos ha impuesto el Señor aqui; y no puedo ménos de alabar tu celo, porque nada más recomendable en la mujer que el estudio que pone en sus quehaceres y en procurar que su esposo trabaje tambien con fruto. Pero el mandato de Dios no es tan riguroso, que nos vede el descanso indispensable, ora se invierta en alimentar el cuerpo, ó en pláticas sabrosas, que son el alimento del espiritu, ó en la dulce distraccion de una mirada, de una sonrisa, placeres concedidos á nuestra razon y negados á los brutos, porque son la expresion de nuestro amor que no debe considerarse como el fin ménos noble de nuestra vida; asi que, no nos ha destinado Dios á un trabajo penoso, sino al que puede proporcionarnos aquel gusto que es inseparable de la razon. Unidas nuestras manos, no dudes que dejarán fácilmente expeditas las enramadas y veredas que frecuentamos en nuestros paseos, hasta que dentro de poco tengamos otros

brazos más jóvenes que nos ayuden. Si, despues de todo, te molesta el conversar tanto conmigo, consentiré en ausentarme por breve tiempo, que la soledad es á veces la compañía más agradable, y una separacion, aunque corta, hace más dulce el placer de volver á verse. Un recelo, sin embargo, me trae inquieto, el riesgo que puedes correr lejos de mi; porque ya sabes lo que se nos ha advertido; sabes que envidioso de nuestra felicidad y desesperando de la suya, un enemigo perverso está acechándonos para consumir nuestra perdicion y mengua, y que vigila, no lejos de aqui tal vez, ansioso de realizar su anhelo, y aprovechar la ventaja de tenernos separados. Mientras estemos juntos, no se atreverá á acercarse, dado que en caso necesario, fácilmente nos podremos prestar auxilio, bien intente apartarnos de nuestra obediencia á Dios, bien perturbar nuestro conyugal amor, que de todas nuestras venturas, es quizá la que más envidia. Sea pues este su intento, sea que abrigue otro más funesto, no te alejes de quien te ha dado la vida, de quien te ampara y protege aún. La muger que se vé amenazada de algun peligro ó de algun menoscabo en su honra, halla su segura confianza en el esposo que la defiende, y se hace participante de todas sus desgracias y sinsabores.»

Eva, con inocente dignidad, mas con severa dulzura, propia de quien ama y se siente contrariado, prosiguió asi: «¡Hijo del cielo y de la tierra, Señor de la tierra toda! Bien sé que tenemos un enemigo que solicita nuestra ruina. Ya me has informado de esto, y lo he oido además de boca del Ángel, al despedirse, desde una sombría estancia en que me oculté, regresando precisamente á la caída de la tarde, cuando se cierran los cálices de las flores. Pero ¡sospechar de mi fidelidad para con Dios y para contigo, sólo porque un enemigo intenta ponerla á prueba! Nunca supuse en tí semejante duda. ¿Por qué temer tanto su violencia, si, inaccesibles á la muerte y á las penalidades, hemos al cabo de preservarnos de ellas, y aún rechazarlas cuando necesario fuere? Y si lo que verdaderamente temes es su astucia, ¿qué recelo tienes de que venza ni seduzca mi inquebrantable fidelidad ni mi amor sincero? ¿Cómo han podido albergarse en tu corazon tales sentimientos? ¿Cómo pensar tan desfavorablemente de la que tanto amas?

Á lo cual, tratando de persuadirla, contestó Adan asi:

«Hija de Dios y el Hombre, inmortal Eva, porque tal eres, pura de todo pecado y mancha: si pretendo persuadirte á que no te alejes de mi vista, no es por desconfianza que de ti tenga, sino para evitar las asechanzas con que nos

persigue nuestro enemigo, porque el seductor, aunque trabaje en vano, siempre deja alguna mancha en aquel á quien solicita, dando á entender que su entereza no es tal que pueda resistir á la tentacion. Tú misma te enojarias y mostrarias tu indignacion contra semejante ultraje, aunque resultase sin efecto; y asi no interpretes mal el deseo que tengo de preservarte á ti sola de esta ofensa, pues contra los dos á la vez, bien que su audacia sea grande, no la dirigiria; y si á tanto se atreviese, á mi me acometeria primero. Ni son para menospreciadas su astucia y perversidad, que poderosas deben ser cuando logró seducir á los ángeles. No juzgues, pues, inútil mi auxilio. Al influjo de tus miradas, crecerán en mi todas las virtudes; tu presencia me inspirará más cordura, más prevision, más fuerza, si fuese preciso recurrir á esta, porque la humillacion de verme ante ti vencido redoblará mi vigor al más indecible extremo. ¿Por qué mi presencia no ha de producir en ti un sentimiento igual, ni qué testigo mejor de esta prueba de entereza á que estás resuelta, y del triunfo de tu virtud?»

Celoso de lo que tanto le interesaba, expresaba asi Adan su conyugal amor; pero atribuyéndolo Eva á desconfianza de su firmeza, le replicó de nuevo, dulcificando su voz: «Si nuestro estado es tal que hemos de vivir incesantemente estrechados por un enemigo violento ó pérfido, y si estando separados no hemos de ser cada cual bastante á defendernos ¿qué tranquilidad nos espera en medio de tan continuo sobresalto? El castigo no puede preceder al pecado: al tentarnos ese enemigo, nos ultraja ciertamente poniendo en duda nuestra integridad, pero de la duda no resulta infamia para nosotros, sino descrédito para él. ¿Por qué, pues, temerle y huírle tanto? Doble honor será, por el contrario, para nosotros desbaratar sus maquinaciones, y granjearnos así nuestra paz interior, y juntamente el favor del cielo, testigo de nuestra resistencia. ¿Será bien culpar á nuestro sábio Creador de habernos hecho felices tan á medias, que ni juntos ni separados contemos con seguridad alguna? Poco apetecible sería ventura semejante; y de estar expuestos á un peligro como éste no merece nuestro Eden tal nombre.»

Á lo que con mayor vehemencia contradijo Adan en estos términos: «Mujer, Dios lo hizo todo perfecto, que así lo dispuso su voluntad. Nada salió imperfecto ni defectuoso de sus manos creadoras, y mucho menos el hombre y cuanto puede asegurar su felicidad, preservándole de toda fuerza exterior, pues aunque lleva consigo el peligro, lleva también los medios de evitarlo. Contra su

voluntad ningún mal puede inferirsele, y esta voluntad es libre, como lo es cuanto obedece á la razon. Esta razon, por otra parte, obra con rectitud, pero Dios la manda que esté siempre vigilante y sobre si, para que no dejándose deslumbrar por una engañosa apariencia de bien, se incline al error, y extravíe á la voluntad de manera, que ésta incurra en lo que Dios expresamente tiene prohibido. No es pues la desconfianza, sino la ternura del amor la que nos prescribe á mi que vele por ti, y á ti que veles por mi igualmente. Á vueltas de toda nuestra firmeza posible es que nos perdamos, porque no es imposible que, cegándonos nuestro enemigo con engaños artificiosos, se olvide la razon de la vigilancia á que está obligada, y nos induzca en inadvertido yerro. No te expongas á la tentacion; vale más evitarla, lo cual más fácilmente conseguirás si no te apartas de mi; pero el peligro viene sin ser buscado. Pretendes dar pruebas de tu constancia; dásalas antes de tu obediencia. ¿Quién testificará de tu triunfo, si no ha presenciado nadie tu combate? Pero si presumes que en el imprevisto trance saldremos más airosos de lo que parece estando unidos, ya vas advertida; aléjate, porque permanecer aquí á la fuerza sería tanto como estar ausente. Aléjate con tu nativa inocencia, y cobra fuerzas de tu virtud; empléala toda; y pues Dios ha hecho con respecto á ti lo que debía, haz tú también lo que debes.»

Á estas razones del patriarca del género humano, insistió Eva en replicar; y aunque sumisa, dijo por fin: «Iré, pues, con tu permiso, y sobre todo alentada por la razon que has indicado últimamente; que en un trance imprevisto, quizá nos halláramos menos preparados estando juntos. Iré ya más animosa, y sin el recelo de que tan fiero enemigo comience desde luego su agresion por la parte más débil; y si tal intentase, sería doblemente vergonzoso su vencimiento.»

Y diciendo esto, retiró suavemente su mano de entre las de su esposo, y como una ninfa de las selvas, ó driada, ó del séquito de Diana, se encaminó con ligera planta hácia el bosque, sobrepujando en gentileza y gracia á la misma diosa de Délos, bien que no fuese como ella armada de arco ni flechas, sino de instrumentos apropiados al cultivo de los jardines, no pulidos aún por el arte ni por la accion del fuego, y tales como los ángeles se los habian suministrado. Asemajábase en su atavío á Páles ó Pomona, á Pomona huyendo de Vertumno, y á Ceres, virgen aún, antes de tener fruto de Júpiter en Proserpina. Veíala Adan alejarse, contemplándola encantado, y fija su ardiente mirada en ella; hubiera, sin embargo, preferido tenerla á su lado. Una y otra vez la advirtió que

regresase en breve, y otras tantas prometió ella volver á su morada al acercarse el mediodía, para disponer lo conveniente á la comida de aquella hora, y entregarse luego al reposo.

¡Oh desdichada Eva! ¡Qué amargo desengaño, qué humillacion te espera ántes de tu imaginado regreso! ¡Oh infame crimen! Desde este momento no hallarás ya en el Paraíso ni dulces manjares ni grata tranquilidad. Un lazo te está aguardando oculto entre esas risueñas flores y entre esas sombras, donde el odio infernal se prepara á interceptarte el camino y arrebatarte tu inocencia, tu ventura y tu fidelidad.

Y era así, que desde los primeros albores de la mañana habia salido el Enemigo de su escondrijo, disfrazado bajo la apariencia de una serpiente, y con la esperanza más que probable de hallar á los dos únicos representantes del género humano, que en realidad equivalian á todo éste, y eran el anhelado objeto de su venganza. Recorre florestas y descampados, todos los lugares en que el ramaje forma alguna espesura y ofrece sitios más deliciosos y retirados; los busca en las márgenes de las fuentes y en la frescura de los arroyos y las umbrías, pero desea sobre todo hallar á Eva separada de su esposo, aunque no abrigaba la menor esperanza de conseguir tanta ventura; cuando de pronto, realizándose una y otra, la descubre completamente sola, velada por una fragante nube. Divisábasela á medias, entre el espeso valladar de encendidas rosas que en torno la rodeaban, ocupándose en enderezar los delgados tallos de las flores, que aunque ostentaban en toda su viveza brillantes colores de púrpura y azul matizados de oro, se inclinaban lánguidas bajo su peso; y ella las sostenia graciosamente enlazándolas con mirtos, descuidada á la sazón de sí misma, flor más delicada y bella que todas las otras, necesitada también de su natural apoyo, del cual estaba tan lejos, cuanto cercana la tempestad que le amenazaba. Allí, á poca distancia, por entre las sombrías calles que formaban los más empinados árboles, los cedros, los pinos y las palmeras, la acechaba la Serpiente, ya acercándose resueltamente á ella, ya ocultándose y volviendo á aparecer, resguardada por la frondosidad del ramaje y las flores que habia Eva plantado por su propia mano: pensil más encantador que los fabulosos jardines del resucitado Adónis, ó los del famoso Alcinoó, huésped del hijo del viejo Laertes, y más delicioso que los no fingidos, sino verdaderos, donde el rey, sabio por excelencia, se solazaba con la bella esposa que debia al Egipto.

Admirado contemplaba Satan aquel lugar, y mucho más la persona de Eva. Hallábase como el que encerrado largo tiempo en una ciudad populosa, cuyas apiñadas chimeneas y fétidos vapores vician el aire, sale una mañana de estío á respirar ambiente más puro en una granja campestre, halagado por el olor de las mieses, de las eras y de los establos, y por el aspecto y bullicio de los campos; y si por dicha acierta á pasar una beldad virginal, graciosa como una ninfa, todo lo que le rodea adquiere por ella mayor encanto, como si en sus ojos se cifrase todo aquello que le enajena. Este mismo placer experimentó la Serpiente al contemplar aquel florido vergel, dulce retiro de Eva en medio de la soledad de la mañana. Su celestial belleza es la de un ángel, aunque más delicada, como de mujer al fin; su graciosa inocencia, cada ademán y hasta el menor de sus movimientos desconciertan la infernal malicia, y como que la arrebatan algo de la feroz intencion que ántes la animaba. Así permaneció el malvado unos momentos enajenado del mal que era su esencia y estúpidamente entregado al bien que por entonces le libraba de su enemistad y perfidia, de su odio, de su envidia y de su venganza; mas el fuego del infierno que interiormente le abrasaba, como le hubiera abrasado aún en el cielo, le sacó en breve de su delicioso éxtasis, atormentándole tanto más, cuanto mayor era la felicidad que allí se respiraba, y de que él estaba privado para siempre; lo que, renovándose su furioso encono, y entregándose de nuevo á su perversa intencion, se complacia en discurrir así:

«¿Adónde me llevas, pensamiento? ¿Qué dulce impulso es éste con que me enajenas, hasta el punto de hacerme olvidar el fin con que aquí he venido? No ha sido el amor, sino el odio; no la esperanza de trocar el Infierno en Paraíso, ni la de gozar de ningún placer, sino la de destruir todo goce, excepto el que consiste en la destruccion, pues los demás son para mí extraños. No he de malograr, pues, la ocasion que ahora me sonríe. Encuentro sola á la mujer, que será dócil á mis sugerencias; mis ojos, de tanta penetracion dotados, no alcanzan á ver á su esposo, de cuya superior inteligencia es bien que me recate, porque su fuerza, su altivo denuedo y sus heróicos miembros, aunque formados de deleznable tierra, le hacen un competidor temible. Él además es invulnerable, y yo no; que á tal bajeza me ha traído el infierno, y tanto me han hecho mis dolores desmerecer de lo que era en el cielo. Y ¡qué hermosa, qué divina creacion es la mujer! ¡Cuán digna es del amor de los dioses, y cuán poco terrible, por más que sean terribles el amor y la hermosura cuando no son objeto de un odio más poderoso aún,